

CAPÍTULO XXV

Cómo comenzó Chicot á ver claro en la carta del duque de Guisa.

Chicot creía haber visto en alguna parte el continente de aquel caballero tan cumplido; pero como su memoria se había embrollado algún tanto durante aquel viaje á Navarra, en que había visto tantas fisonomías diferentes, le era imposible acordarse con la facilidad acostumbrada del nombre que deseaba pronunciar.

Mientras que oculto en las sombras se preguntaba á sí mismo, sin apartar la vista de la ventana iluminada, lo que aquel hombre y aquella mujer habían venido á hacer en la posada del *Bravo Caballero*, dejando á Ernauton en la casa misteriosa, nuestro digno gascón vió abrirse la puerta de la posada, y en

el rayo de luz que se escapó por la abertura percibió como una silueta negra de fraile.

Esta silueta se detuvo un instante para mirar á la misma ventana que Chicot miraba.

— ¡Oh! ¡oh! murmuró, apostaría cualquier cosa á que es un fraile dominico. ¿Tan relajada está la disciplina monástica, que permite Gorenflot á sus corderos salir á vagar á semejantes horas de la noche y á tal distancia del priorato?

Siguió Chicot con los ojos á aquel dominico mientras bajaba la calle de los Agustinos, y cierto instinto particular le dijo que en aquel fraile iba á hallar la solución del enigma que había buscado hasta entonces inútilmente.

Además, así como Chicot había creído reconocer el continente del caballero, creía reconocer en el fraile cierto movimiento de hombros, cierto aire de rengado de militar, que sólo pertenece á los que frecuentan las salas de armas y los gimnasios.

— Pese á mi alma, dijo, si ese hábito no oculta á ese diablillo de impío que querían darme por compañero de viaje, y que maneja con igual habilidad el arcabuz y el florete.

Apenas acometió á Chico esta idea, cuando para asegurarse de su exactitud estiró sus largas zancas, y en diez pasos logró alcanzar al fraile, que marchaba remangándose su hábito sobre sus piernas secas y nerviosas, para ir más ligero. Por otra parte no era muy difícil darle alcance, puesto que el buen fraile se paraba de vez en cuando para dirigir una mirada hacia atrás, como quien se aleja con trabajo y harto sentimiento de su parte.

Esta mirada era constantemente dirigida hacia la ventana iluminada de la fonda.

Aun no había andado Chicot dos pasos, cuando adquirió la certidumbre de sus conjeturas.

— ¡Hola, compadre! dijo, ¡hola, Santiaguito! Alto ahí, señor Clemente.

Y pronunció esta última palabra de una manera tan militar, que el fraile no pudo menos de estre-mecerse.

— ¿Quién me llama? preguntó el joven con acento más provocador que político.

— ¡Yo! replicó Chicot irguiendo cuanto pudo su cabeza delante del dominico; yo. ¿No me conoces?

— ¡Oh, señor Roberto Briquet! exclamó el fraile.

— Yo mismo. ¿Y á dónde vas tan tarde, hijo mío?

— Al priorato, señor Briquet.

— En hora buena. ¿Pero de dónde vienes?

— ¿Yo?

— Sí, vos, señor libertino.

El joven tembló y dijo:

— No soy lo que decís, señor Briquet, todo lo contrario; he venido con una comisión importante de don Modesto, y él mismo puede informaros, si queréis.

— ¡Hola! ¡hola! ¿Parece que nos amostazamos?

— ¿Creéis que no hay motivo para ello, cuando se oye decir lo que decís.

— No lo extrañes, hijo mío, porque cuando se ve salir á un hombre con hábitos como tú de una taberna á semejantes horas...

— ¡De una taberna yo!

— ¿Por ventura esa casa de donde sales no es la del *Bravo Caballero*?

— Tenéis razón en decir que he salido de esa casa, respondió Clemente, pero yo digo y sostengo que no he salido de una taberna.

— ¡Cómo! exclamó Chicot, ¿la posada del *Bravo Caballero* no es una taberna?

— Una taberna es una casa donde se bebe, es así que yo no he bebido en esa casa, luego esa casa no es una taberna para mí.

— ¡Diablo! la distinción es sutil, y me equivoco mucho, ó con el tiempo vas á ser un teólogo terrible; pero en fin, si no ibas á esa casa á beber, ¿á qué ibas?

Clemente no respondió nada, y Chicot pudo leer en su rostro, á pesar de la oscuridad, una voluntad firme y decidida de no decir una palabra, resolución que no pudo menos de disgustar á nuestro amigo, que había tomado la costumbre de averiguarlo todo; y por cierto que Clemente no había usado de acritud en su silencio, todo lo contrario, pues se había mostrado contento de encontrar tan inesperadamente á su sabio profesor de armas, recibéndolo de la manera afectuosa que no podía esperarse de un hombre de carácter naturalmente áspero é intratable.

La conversación estaba completamente terminada, pero queriendo Chicot anudarla, estuvo á punto de pronunciar el nombre del hermano Borromeo; sin embargo, aunque Chicot no sentía el aguijón de los remordimientos, ó creyese por lo menos no sentirlo, aquel nombre expiró en sus labios.

Aunque el joven fraile continuaba mudo é impa-

sible, cualquiera hubiera dicho que esperaba algo, y que consideraba como una felicidad permanecer el mayor tiempo posible en las inmediaciones de la posada del *Bravo Caballero*.

Roberto Briquet intentó hablarle de aquel viaje que el joven había esperado por un momento hacer con él, y los ojos de Santiago Clemente brillaron al oír las palabras de espacio y libertad.

Roberto Briquet contó que en los países, que acababa de recorrer estaba muy en boga la esgrima, añadiendo negligentemente que había aprendido allí algunas estocadas maravillosas, lo cual equivalía á colocar al pobre Santiago sobre un terreno volcánico; así es que se apresuró á preguntar á Chicot cómo eran esas estocadas, y éste, accediendo al punto, marcó con su largo brazo algunas en el brazo del hermano Santiago.

Nada de esto pudo vencer la obstinación de Clemente, y mientras trataba de parar aquellos golpes desconocidos que le enseñaba su amigo maese Roberto Briquet, guardaba un silencio obstinado respecto á lo que había venido á hacer en el barrio.

Despechado, aunque dueño de sí mismo, resolvió entonces Chicot apelar á la injusticia, porque la injusticia es una de las provocaciones más poderosas que se han inventado para hacer hablar á las mujeres, á los niños, y á los hombres débiles de cualquier clase que sean.

— No importa, no importa, dijo como si volviese á su primera idea, no importa; eres muy santo y muy bueno, pero vas á las posadas; y á qué posadas, Dios mío! á posadas, donde se encuentran damas

hermosas y te paras extasiado delante de la ventana donde se puede ver su sombra. ¡Ah niño, niño, yo lo diré á don Modesto!

Chicot había puesto el dedo en la llaga mucho más de lo que pensaba, pues no podía imaginarse al empezar que era tan profunda la herida.

Volvióse Santiago, semejante á una serpiente pisada.

— Eso no es verdad, exclamó encendido de vergüenza y de cólera: yo no miro á las mujeres.

— Sí tal, sí tal, prosiguió Chicot: había una dama muy hermosa en la posada del *Bravo Caballero* cuando saliste de ella, y has vuelto la cara para volverla á ver, y sé que la esperabas en la torrecilla, y sé que la has hablado.

Chicot hablaba por inducción.

No pudiendo contenerse Santiago, exclamó:

— Ya se vé que la he hablado. ¿Por ventura es pecado hablar á las mujeres?

— No, cuando no se les habla de motu propio y arrastrado por la tentación de Satanás.

— Satanás nada tiene que ver en todo esto, y ha sido preciso que yo hable á esa dama, puesto que tenía encargo de entregarle una carta.

— ¿De parte de don Modesto? exclamó Chicot.

— Sí: podéis ir ahora á quejaros delante de él.

Chicot, un momento aturdido y palpando en medio de las tinieblas, sintió al oír estas palabras atravesar un rayo de luz la oscuridad de su cerebro.

— ¡Ah! dijo: ya sabía yo eso.

— ¿Qué sabíais?

— Lo que no querías decirme.

— Yo no digo mis secretos: con menos razón diré los de otros.

— Sí, pero á mí...

— ¿Y por qué á vos?

— Porque soy amigo de don Modesto, y además...

— ¿Qué?

— Sé de antemano todo lo que podrías decirme.

El joven Santiago miró á Chicot con sonrisa de incredulidad.

— Y bien, dijo Chicot, ¿quieres que te cuente lo que tú no quieres contarme?

— Con mucho gusto, dijo Santiago.

Chicot hizo un esfuerzo y dijo:

— En primer lugar ese pobre Borrromeo...

El rostro de Santiago se anubló.

— ¡Oh! dijo, si yo hubiese estado allí...

— ¿Qué hubieras hecho tú si hubieses estado allí?

— La cosa no hubiera pasado de ese modo.

— ¿Le hubieras defendido contra los suizos, con quienes había trabado desigual pelea?

— Le hubiera defendido contra todo el mundo.

— ¿De suerte que no hubiera muerto?

— Ó yo hubiera muerto con él.

— En fin, tú no te hallaste allí, y el pobre diablo ha muerto en una mala posada pronunciando el nombre de don Modesto.

— Sí.

— ¿Y avisaron al punto á don Modesto?

— Llevó el aviso un hombre todo azorado, el cual puso en alarma al convento.

— Entonces don Modesto mandó que le trajeran

su litera y se dirigió al *Cuerno de la Abundancia*, ¿no es verdad?

— ¿De dónde sabéis eso?

— ¡Oh! no me conoces todavía, pobrecillo, soy algo hechicero.

Santiago retrocedió dos pasos.

— No es esto todo, continuó Chicot, que á medida que hablaba iba viendo más claro con la viva luz de sus palabras; ha encontrado una carta en el bolsillo del muerto.

— Una carta, eso es.

— Y don Modesto encargó á su querido Santiago que llevara esta carta á donde decían las señas del sobre.

— Sí.

— Y Santiago corrió al punto al palacio de Guisa.

— ¡Oh!

— Donde no encontré á nadie.

— ¡Dios mío!

— Más que á Mr. de Mayneville.

— ¡Misericordia!

— Y entonces Mr. de Mayneville acompañó á Santiago á la posada del *Bravo Caballero*.

— ¡Señor Briquet, señor Briquet, exclamó Santiago, si sabéis eso!...

— ¡Pardiez! ya ves como lo sé, exclamó Chicot con aire de triunfo por haber despejado aquella incógnita tan importante para él, de las densas tinieblas donde había estado envuelta desde el principio.

— En ese caso, replicó Santiago, ya veis, señor Briquet, que no soy culpable.

— No, dijo Chicot, no eres culpable, ni por acción ni por omisión; pero lo eres por pensamiento.

— ¿Yo?

— Sin duda, puesto que te parece hermosa la duquesa.

— ¿Á mí?

— Y te vuelves para verla todavía al través de los cristales.

— ¡Yo!

El fraile se ruborizó y dijo con voz balbuciente:

— Es cierto, se asemeja á una virgen María que estaba en la cabecera de la cama de mi madre.

— ¡Oh! murmuró Chicot; ¡cuántas cosas pierden las gentes que no son curiosas!

Entonces hizo que Clemente le contara lo que él mismo acababa de contar, aunque esta vez con por menores que él no podía saber.

— ¡Ya ves, dijo Chicot, cuando aquél acabó su narración, qué pobre maestro de esgrima era el hermano Borromeo!

— Señor Briquet, exclamó Santiago, es preciso no hablar mal de los muertos.

— No, pero confiesa una cosa.

— ¿Cuál?

— Que Borromeo tiraba menos bien que el que le ha matado.

— Es verdad.

— Esto es todo lo que tenía que decirte; conque buenas noches, Santiaguito, y hasta la vista y si quieres...

— ¿Qué, señor Briquet?

— Que yo seré quien en adelante te dé lecciones de esgrima.

— Con mucho gusto.

— Ahora retírate pronto, pronto, porque te esperan con impaciencia en el priorato.

— Es cierto: gracias por el aviso, señor Chicot. Y el fraile desapareció corriendo.

Chicot no despidió sin fundado motivo á su interlocutor, pues ya había sacado de él cuanto quería saber, y por otra parte, le faltaba aún averiguar una cosa.

Dirigióse, pues, aceleradamente á su casa, dejando todavía á la puerta del *Bravo Caballero* la litera, los conductores y el caballo. Subió silenciosamente á su azotea, y vió que aún había luz en la casa de enfrente.

Desde entonces no apartó ni un momento su vista de aquella casa.

Vió en primer lugar, por la abertura de una cortina, pasar varias veces á Ernauton como quien esperaba con impaciencia.

Después vió volver la litera, partir á Mayneville y por último, entrar á la duquesa en el aposento donde palpitaba Ernauton, más bien que respiraba.

Ernauton se arrodilló delante de la duquesa, la cual le dió á besar su blanca mano.

Después levantó la duquesa al joven y le invitó á sentarse delante de ella á una mesa elegantemente servida.

— Es singular, dijo Chicot: esto comenzó como una conspiración y acaba como una cita amorosa. — Sí, continuó Chicot, ¿pero quién le ha dado esa cita de amor? — M^{me} de Montpensier.

Y aclarando sus dudas con una luz nueva, murmuró.

— ¡Oh! ¡oh! « Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco; pero permitidme que os diga que haréis á esos picaros más honor del que se merecen. » — ¡Cáspita! exclamó Chicot, vuelvo á mi primera idea; no se trata de amoríos, sino de una verdadera conspiración.

M^{me} la duquesa de Montpensier ama á Mr. de Ernauton de Carmainges; vigilemos los amores de la duquesa.

Y Chicot vigiló hasta las dos y media de la noche, hora en que Ernauton salió embozado hasta los ojos, mientras que la duquesa de Montpensier subió á su litera.

— Ahora, murmuró Chicot bajando su escalera, falta saber qué probabilidad es esa de muerte que puede librar al duque de Guisa del heredero presunto de la corona, y quiénes son esas gentes que se suponía estaban muertas y viven todavía. ¡Voto á cribas! ¿Por qué no he seguir la pista á todo esto?

CAPÍTULO XXVI

El cardenal de Joyeuse.

La juventud tiene sus caprichos tenaces para el mal y para el bien, que equivalen al plomo de las resoluciones de la edad madura. Cuando estos caprichos tienden al bien, producen las grandes acciones é imprimen en el hombre que empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida, un movimiento que le lleva por una pendiente natural hacia cualquiera rasgo de heroísmo.

Así, Bayardo y Duguesclín llegaron á ser grandes capitanes, después de haber sido los niños más ariscos é intratables que han existido jamás, y así también aquel guarda de puercos á quien la naturaleza había hecho el pastor de Montalto, y por su genio